

MIGRACIONES ÁRABES, EXILIOS Y RACISMOS:
ESCRITURAS DEL DESARRAIGO

Faride Zeran Chelech

FARIDE ZERAN CHELECH

Profesora Titular de la Universidad de Chile, fundadora y directora de su Instituto de la Comunicación e Imagen. Premio Nacional de Periodismo 2007. Es una reconocida periodista cultural en Chile y América Latina. Ha publicado, entre otros, los libros *Tejado de vidrio, crónicas del malestar*; *Carmen Waugh, la vida por el arte*; *Chile actual: crisis y debate desde las izquierdas*; *Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado*; y *La guerrilla literaria. Huidobro, De Rokha, Neruda*, por el que obtuvo el galardón del Consejo del Libro y la Lectura. También ha sido reconocida con los Premios Amanda Labarca y Elena Caffarena, este último de la región de Magallanes y la Antártica Chilena. Colaboradora de distintos medios de comunicación, como el diario La Época y revista Análisis, entre otros. Fue subdirectora y copropietaria de la revista Pluma y Pincel y fundadora y directora de la revista Rocinante. Actualmente se desempeña como Vicerrectora de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile.

MIGRACIONES ÁRABES, EXILIOS Y RACISMOS: ESCRITURAS DEL DESARRAIGO

a Eugenio Chahuán

1. “RECHAZAR LA INMIGRACIÓN DE INDESEABLES (...) POR RAZONES DE RAZA”

Las primeras décadas de la postdictadura, especialmente la de los años 90, llegaban a Chile no solo con la promesa de democracia y respeto a los DD.HH., sino también con aquella que nos remitía a una mayor inclusión.

Sin embargo, a poco andar, y en el espacio de lo simbólico, el iceberg que llevó Chile a su stand de la Expo Sevilla en 1992 para representarnos como país, reflejaba la misma impronta de un relato oficial elaborado por siglos. La mole de hielo elegida como imagen y metáfora del Chile de la transición nos proyectaba en el espectro internacional como un país blanco, homogéneo, exitoso, sin raíces, heridas o pasado, y omitiendo cualquier referencia a nuestros pueblos originarios.

El resultado de esta construcción reiterada por décadas se leía claramente, en el año 2013, en la Encuesta de Tolerancia y No Discriminación de la Universidad de Chile y la Encuesta de Derechos Humanos realizada por el Instituto Nacional de Derechos Humanos ese mismo año, cuando señalaba que el 41,5% de los chilenos se identificaba con la idea de que “Chile es un país más desarrollado que sus vecinos porque hay menos indígenas”. En esos mismos estudios, más del 30% de los santiaguinos estaba muy de acuerdo o totalmente de acuerdo con la afirmación que indicaba que “si se mezclan mucho los peruanos con los chilenos, la calidad de la gente de nuestro país se va a echar a perder”.

En Chile, aún hoy, la respuesta equivocada a las preguntas “de qué colegio vienes”, “dónde vives” o “dónde veraneaban tus papás” puede llevar a muchos a perder una posibilidad laboral o a verse privados de las provechosas redes sociales que otros disfrutaban.

La discriminación y sus manifestaciones clasistas o racistas habita pegada a nuestra piel en un siglo, el XXI, en el que la migración mundial alcanza al 3,5% de la población, según el informe de septiembre de 2019 publicado por el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de Naciones Unidas. Esto, en cifras, significa 272 millones de personas; 24 millones más que en 2015 y 51 millones más que en 2010, según el mismo estudio.

Ya a inicios de esta década, el PNUD advertía que en esta situación de movilidad de las personas se expresaba una gran paradoja. La de sociedades liberalizadas en lo económico, que consumían todo tipo de producción cultural foránea, pero que culturalmente se resistían ante la presencia de un otro distinto que traspasara sus fronteras.

Esto fue tan relevante a nivel mundial, que el mismo informe reseñaba a la inmigración como uno de los tres problemas –junto a la ampliación de los derechos de los pueblos indígenas y el comercio de los bienes culturales– a los que las políticas públicas y los gobiernos debían dar respuesta para resolver los desafíos culturales de una globalización que mostraba sus facetas más complejas.

En su libro *Memorias del desarraigo. Testimonios de exilio y retorno de hombres y mujeres de Chile* (2005), la antropóloga chilena Loreto Rebolledo recuerda que “cierto racismo y la poca voluntad de atraer inmigrantes de diversos lugares del mundo, presente en el Estado Chileno llevó a que, en 1927, la cancillería enviara una Carta Confidencial a todos los cónsules de Chile en la cual se les daba instrucciones para rechazar la inmigración de indeseables, particularmente los chinos, los sirios y los africanos, por razones de raza”.

¿Qué distingue a las migraciones históricas de las que actualmente suceden en el país?

La respuesta –junto a la problemática histórica de la competencia por los mercados de trabajo– pareciera estar en el mundo de lo simbólico y lo cultural, en la capacidad de la aceptación de los otros distintos que llegan hoy a poner en tela de juicio nuestras formas y ritos, nuestra cultura. Y es que a diferencia del pasado, no van a romper con la misma rapidez ni profundidad con su sociedad de origen.

En el Informe Anual del Instituto de Derechos Humanos del 2017 se señalaba que la mayoría de los chilenos se consideraba “más blanco que otras personas de países latinoamericanos”, percibiendo a las personas migrantes como “más sucias” que la población chilena. En el mismo estudio se agrega que el 68,2% de la población responde afirmativamente cuando se le pregunta si está de acuerdo con medidas que limiten el ingreso de inmigrantes a Chile.

Más recientemente, un trabajo sobre Prejuicio y Discriminación Racial en Chile, elaborado en 2018 por la Universidad de Talca, apuntaba a que el 70,7% de la población creía que tener apellido mapuche podría perjudicar en la búsqueda de empleo o ascenso en la empresa, y un 52,8% no consideraba siquiera la posibilidad de tener ancestros mapuches.

Tal como han exhibido los estudios del Pnud sobre el tema, la migración actual pone en cuestión qué tan diferentes podemos llegar a ser como sociedad y qué tan iguales, puesto que quienes llegan ya no estarán alejados de sus comunidades de origen. Al contrario, se debaten entre su propia historia que no quieren dejar

atrás y para la cual construirán circuitos culturales propios, pero también desearán participar de estos nuevos usos, costumbres y beneficios de la sociedad de llegada, que ve entonces tensado al máximo el hilo de la aceptación de las diversidades.

2. “LA IMPOTENCIA EN QUE ME HALLABA PARA EXPLICAR LAS CUALIDADES DE MI RAZA”

No es la primera vez que Chile y el mundo viven procesos migratorios de envergadura, ni que sus sociedades son puestas en tensión ante la llegada de “los otros”.

Específicamente, nuestro continente, con países jóvenes y despoblados, vio en las olas migratorias de fines del siglo XIX y comienzos del XX el aporte necesario para fortalecer económica y culturalmente las incipientes repúblicas que incluso asumían como política de Estado el traslado masivo de familias de colonos que, en el caso chileno, por ejemplo, fueron traídos desde Alemania para poblar sus regiones más australes.

Se trataba de olas migratorias provenientes mayoritariamente de Europa y que eran recibidas sin la cuota de discriminación o racismo que enfrentaron otras como las que llegaron a Chile provenientes del Medio Oriente: palestinos, sirios o libaneses, que en un porcentaje importante se instalaron en Santiago, pero mayoritariamente en los pequeños pueblos a lo largo del país.

Sin duda, ese proceso es hoy recordado en los textos de historia como un positivo suceso del que nuestra sociedad salió fortalecida al recibir los aportes de culturas muy antiguas que además traían aparejadas ideas de “sacrificio, tesón y desarrollo”, muy bien calificadas en una sociedad que estaba en formación.

Pero, en su momento, dicha migración no solo no fue bien recibida, sino que además permitió que aflorara lo peor del racismo y la discriminación de la sociedad chilena de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX.

Este desencuentro entre occidente y todo lo que provenía de oriente está muy bien sintetizado por el intelectual palestino Edward Said, autor del célebre ensayo *Orientalismo*, y que en un texto posterior, *Errores y prejuicios*, apuntaba al permanente enfrentamiento cultural de América con el islam y los árabes: “Las más terribles caricaturas racistas difundieron la idea de que son todos terroristas o jeques, y que la región es una inmensa y árida villa miseria donde solo se puede lucrar o hacer la guerra. Nunca se aceptó que allí hay una historia, una cultura, una sociedad o, en realidad, muchas sociedades, y que pueden encontrarse interlocutores. Un flujo de libros triviales escritos por periodistas, invadió el mercado difundiendo un puñado de estereotipos deshumanizantes”.

Este texto de Said, que refleja la relación de occidente ayer y hoy con el mundo árabe, no es distinto a lo escrito por Benedicto Chuaqui en su clásico *Memorias*

de un emigrante, en 1942, donde cuenta que “seguramente el instinto que hay en cada ser humano me hizo comprender, mucho antes de conocer el idioma, el sentido despectivo que aquí en Chile se ha dado a la palabra turco. La gente culta sabe demasiado que este es un prejuicio sin ninguna base. Y es probable que la impotencia en que me hallaba para explicar las cualidades de mi raza me causara indecible amargura al oír el tono con que los chilenos nos decían: es turco”.

Alrededor de 400 mil chilenos-palestinos asentados en más de cien años de emigración conforman esta numerosa corriente dispersa a lo largo de la loca geografía chilena, la que nos remite a una diáspora poderosa que en más de un siglo se ha fundido con la tierra y el destino de Chile, pero conservando sus raíces e identidades. Fundamentalmente, en torno al sueño de una patria Palestina soberana, de un Estado Palestino independiente como parte de una nación árabe sacudida de los resabios del colonialismo y del imperialismo de occidente, y cuyos rasgos físicos y culturales aún marcan a varias generaciones de chilenos-árabes.

Para comprender esto habría que explicar que a mediados del siglo XIX y hasta 1900 se embarcaron 600 mil árabes rumbo a América, utilizando para ello los puertos del Líbano, Palestina y Egipto. La mayor inmigración árabe a Chile y América tuvo lugar entre 1900 y 1914, estimándose en más de un millón los hombres y mujeres que abandonaron el Medio Oriente por problemas económicos y la crisis política y militar que culminaría con la Primera Guerra Mundial.

En los primeros años, el flujo migratorio se dirigió hacia Norteamérica, desviándose a fines del siglo XIX a América Latina, donde destacaron por su número las colectividades árabes de Brasil y Argentina.

La situación explosiva en el Medio Oriente actuó como causa principal de este movimiento migratorio, particularmente la dominación turca que trató de implantar el Imperio Otomano en Siria, Palestina y el Líbano, después de perder su dominio balcánico a principios del siglo XIX.

Sin embargo, luego de terminada la Primera Guerra Mundial y ya destruido el Imperio Otomano, la paz de Versalles, lejos de emancipar a los países árabes del Cercano Oriente, los repartió a través de los mandatos entre las potencias europeas, lo que provocó una gran frustración en el pueblo árabe que luchó durante la Primera Guerra Mundial contra los turcos para lograr sus aspiraciones nacionales, lo que mantuvo las causas explosivas de todo el proceso migratorio.

A esta explicación que nos remite al pasado hay que agregar que a la histórica situación bélica que persiste en esa zona, derivada de la ocupación por parte del Estado de Israel del territorio y pueblo palestino, se suma la intervención armada de potencias occidentales en Irak, Libia y recientemente en Siria. Este contexto no solo ha provocado el cambio del mapa político en la región, sino que además la

muerte de millares de civiles, así como flujos masivos de desplazados que huyen de las zonas de conflicto en una crisis humanitaria sin precedentes.

Hoy, en Chile, la presencia de árabes palestinos, sirios y libaneses provenientes de la ola migratoria de inicios del siglo XX es difícil de cuantificar. Su influencia en distintos ámbitos del quehacer chileno, desde la industria y la banca hasta la política, el comercio y la academia, desde las letras y el arte hasta las ciencias, evidencia el impacto de una corriente que sin duda no comenzó en el siglo XIX sino que mucho antes, con la herencia de los conquistadores hispanos, quienes al momento de pisar suelo en este continente llevaban casi ocho siglos de convivencia con lo árabe.

Para graficar el proceso de la emigración árabe a Chile, su difícil inserción, así como el encuentro y desencuentro entre estas dos culturas, no basta con remitirse a la historia o a las cifras y estadísticas, que poco aportan, sino que hay que abordar, sobre todo, la creación de los escritores árabes y de origen árabe. Son ellos quienes en distintos momentos han dejado testimonios, a veces dramáticos, de la presencia árabe en Chile.

Una de estas voces cumbres es la de Benedicto Chuaqui con su libro *Memorias de un emigrante*, editado por primera vez en 1942, por Orbe, que obtuvo al año siguiente el Premio Municipal de novela y que fue reeditado en varias oportunidades.

Esta obra, paradigmática de la inmigración árabe en Chile, recupera para la memoria histórica y cultural un testimonio de comienzos de 1900, que de manera coloquial, humana y sin pretensiones entrega una dimensión diferente de un drama que hasta hoy sigue sacudiendo a millones de personas en todo el planeta. Y es que la emigración, destierro o exilio confronta a los seres humanos no solo a la nostalgia de su tierra de origen sino también al desafío de sortear dificultades que en otras lenguas y culturas implican a veces un heroico y desgarrador acto de voluntad.

Así, *Memorias de un emigrante* es el testimonio de un ser humano íntegro, sensible, que sobrevive al dolor de la emigración, a la separación de sus seres más queridos, y que, sobreponiéndose a todo, vence.

El libro comienza con el siglo en Homs, una ciudad siria de 80 mil habitantes sacudida por el peso de la dominación turca, los problemas económicos y las continuas disputas religiosas.

Yamil, que en Chile deberá cambiarse el nombre primero por Camilo pero que finalmente será Benedicto, es el hijo mayor de una familia de tejedores que profesa la religión ortodoxa y habita en el barrio cristiano Tall, que en árabe significa *cima*.

Benedicto Chuaqui narra su infancia en ese barrio, en su Homs natal, y en la fluidez de su relato repleto de costumbres, anécdotas y paisajes extraños va develando una niñez feliz y, junto a ella, la historia de su pueblo en esos años alterado por una fuerte corriente de emigración hacia América.

Su familia, el mercado, el colegio, las comidas, los problemas religiosos entre cristianos y musulmanes, la violencia de la dominación turca contra los sirios, las

revueltas políticas en las calles o las noticias desde “América” van dando sustancia a un libro que se hilvana con la nostalgia y el dolor de los recuerdos.

La partida a “América” de los hermanos de su madre es el preámbulo que anuncia el fin de una niñez y el comienzo de otra vida.

Yamil tiene solo trece años cuando deja a sus padres y a su familia para venir con su abuelo en busca de sus parientes y de una vida mejor.

Entonces “América” tiene un nombre y es Chile, y en el mismo tono coloquial salpicado de sentimientos y de una mirada aguda que atrapa en su ingenuidad, aparece en el relato el Santiago de las primeras décadas. Un Santiago provinciano y algo xenófobo ante estos primeros emigrantes llamados despectivamente “turcos”, a los que se miraba con prejuicios y desconfianza.

Junto a este retrato de la ciudad, *Memorias de un emigrante* contiene también una verdadera radiografía social y económica de algunos barrios de Santiago que en las primeras décadas constituían un populoso y bullente centro de actividad comercial.

Sin embargo, esta novela es, sobre todo, el primer testimonio escrito de la emigración árabe en Chile, lo que la transforma en un documento valioso desde el punto de vista histórico.

En relación a la acogida de este libro por la crítica de aquellos años, Alone, el prestigioso crítico literario, escribió lo siguiente:

“Necesitaban esta voz los árabes de Chile. Son muchos, forman una colonia rica y empiezan a ocupar situaciones prominentes. ¿Qué sabemos de ellos, sin embargo? ... Este libro, tras varios otros de índole cultural, señala en la carrera literaria del señor Chuaqui una etapa importante y marcará también su fecha en la colonia árabe incorporada a Chile. Se halla destinada a crear otra leyenda sobre la antigua, a destruir un mito erróneo mediante otros, a cambiar en la mente pública el significado de la palabra ‘turco’, objeto de fáciles burlas, grabándole una imagen noble, sencilla, emocionante por su drama callado, alentadora por su esfuerzo provechoso, capaz de atraer la simpatía y despertar la admiración”.

Benedicto Chuaqui escribe esta obra a los 47 años de edad. Antes ha traducido del árabe al español una novela, *La fuga de Abdul Hamid*; ha publicado los pensamientos de Gibrán Jalil Gibrán y se ha arruinado por tener una imprenta y publicar un periódico en el que privilegia las colaboraciones literarias.

Y es que este árabe-sirio que ha venido a Chile para ganar dinero, ayudar a los suyos y regresar a su tierra, es también un hombre inquieto, culto, a quien le gusta el arte, los libros y la escritura.

Por ello, a lo largo de su vida y pese a los problemas económicos que con esfuerzo vencerá, Benedicto Chuaqui mantendrá siempre su pasión por la literatura.

Poeta, cuentista y ensayista, también es autor de los libros *La eternidad contigo*, editado en 1947, *Celda de conjeturas*, *Un hombre sin suerte* y *Sugerencias humanas*, entre otras obras.

Pero Benedicto Chuaqui no cumplirá con el sueño del retorno que hace más fácil la diáspora.

Él, como casi todos los árabes que llegaron a Chile, se quedará en este país, lo asumirá como suyo, lo amará, formará familia y morirá en esta tierra quizás llorando la suya.

Benedicto Chuaqui murió en Santiago a los 75 años de edad, un 9 de noviembre de 1970.

3. “Y SE ASOMA A MIS OJOS LA ANGUSTIA DEL DESIERTO”

La ruta seguida por los emigrantes árabes a Chile se inicia en los puertos de Beirut, Haifa o Alejandría, pasando por Marsella o Génova hasta llegar a “América” por Buenos Aires, y prosiguiendo su camino a través de la Cordillera de los Andes, cruzada muchas veces “a lomo de mula” o bien en el ferrocarril trasandino.

Sin embargo, este itinerario no está sino en la memoria de los descendientes o en una literatura que, en la línea de Chuaqui, hasta hoy, más de un siglo después, sigue recogiendo la odisea y el desgarrante itinerario del exilio.

Como en el libro *Los turcos*, de Roberto Sarah, editado en 1961 por Editorial del Pacífico, donde cuenta:

“Procuraban los árabes evitar la cercanía de los faltes chilenos o de otras procedencias, pues pronto advirtieron que los menospreciaban. Buscaban otros sectores donde no se les importunase, y algunos, como Mitri, solían llegar hasta los extramuros o trepaban a los numerosos cerros que rodean el puerto de Valparaíso. La peculiar estampa de los emigrantes árabes llamaba la atención de los transeúntes. Con sus canastos desbordando de las más heterogéneas mercancías —pañuelos, medias, espejos, horquillas, carretes de hilo, jabones, imperdibles, botones, miriñaques y peinetas— constituían una figura demasiado pintoresca para que pasaran inadvertidos, además de que su lenguaje se reconocía a la distancia”.

El arquitecto Lorenzo Agar, en su estudio *El comportamiento urbano de los migrantes árabes en Chile y Santiago*, publicado por la Universidad Católica en 1983, señala que los inmigrantes árabes que llegaron a Chile en los primeros cuarenta años del siglo XX provenían en su gran mayoría de Palestina, Siria y el Líbano. El 51% vino de Palestina, y del total de inmigrantes palestinos, el 35% provenía de Bet Yala; y el

34%, de Belén. Explica además que de Siria proviene casi el 30% y que del total de inmigrantes sirios, el 46,6% tiene como lugar de origen la ciudad de Homs. Asimismo, Lorenzo Agar explica en su estudio que el 18,98% proviene de Líbano, con una gran dispersión en cuanto a las zonas de origen. Todos ellos, en un porcentaje muy alto, cristianos u ortodoxos, siendo la minoría de religión musulmana.

Así, a *Memorias de un emigrante*, *Los turcos*, de Roberto Sarah, o *La aldea blanca*, publicado en 1977 por José Auil Hanna, se suman otros nombres de hijos y nietos de árabes que siguen contando la epopeya de sus ancestros, narrando y recreando las claves desde donde se amalgaman sus identidades.

Ejemplos destacados lo representan dos voces ya desaparecidas. Una, la del cronista, poeta y periodista Andrés Sabella, hijo de palestino que desde la ciudad nortina de Antofagasta, en Chile, evocaba en sus poemas la Jerusalén de su padre.

O la de Mahfud Massis, poeta también de origen palestino, que le cantaba a su “Palestina, Patria Mártir”, a la que invoca en su poema “Desnudo”:

“al pie de esta cordillera despiadada y blanca, \ yo \ Mahfud Massis, \ cuajo de Palestina en el continente Americano \ habitante del Tercer Mundo \ del Tercer Ojo \ de esta luna vacía \ alzo mi voz como un potro contra el firmamento desnudo”.

Matías Rafide, poeta e intelectual chileno-árabe nacido en 1929, autor a fines de los 80 del libro *Escritores chilenos de origen árabe*, escribe en ese texto:

“Cabalgan por la ruta de mi sangre
cien generaciones de invisibles camelleros.
Y siento que el Oriente gravita en mis entrañas,
y se asoma a mis ojos la angustia del desierto”.

A lo largo de estos años, otras generaciones de escritores chilenos de origen árabe siguen produciendo en torno a sus ancestros. Walter Garib, prolífero autor, con su novela *El viajero de la alfombra mágica*; el poeta Jaime Hales con su *Peregrino de ojos brillantes*; el poeta Theodoro Elssaca, Nancy Lolos o Norma Yunis, entre otros.

Junto a ellos destacan voces como las del poeta y crítico Naín Nómez o la narradora Diamela Eltit, esta última, Premio Nacional de Literatura; o el cineasta y escritor de origen palestino Miguel Littin, autor de la novela *El viajero de las cuatro estaciones*; Fabiola Samhan, con su ensayo *Las hijas del Islam* (2005); Farha Nasra, con su novela *El rugir de las piedras* (2009); el ex ministro Sergio Bitar con la historia de su abuelo en el libro *Tras las huellas de un inmigrante sirio en Chile. La vida de Nazmi Bitar*

(2019); la doctora Esperanza Marzouka con *La llave* (2019), que instala un correlato histórico a una trama que se teje desde la ocupación británica a la ocupación israelí; y, más recientemente, el relato *Entrar al ruido* (2017) de la escritora Alia Trabucco Zerán, inspirado en un episodio que ilustra la discriminación por el uso del velo que llevaba su bisabuela –mi abuela– musulmana, que me narrara mi madre, y que yo transmití a mi hija como gesto de memoria.

Se trata de un conjunto de voces de distintas generaciones que en la polifonía de sus relatos nos hablan del aporte de los escritores de origen árabe a una literatura que deteniéndose en sus orígenes o desde la universalidad de sus temas, forma parte indisoluble del tejido cultural de un país, enriqueciéndolo con otras miradas y mezclándolo con otras identidades.

En este contexto resulta interesante el ensayo de Lina Meruane *Volverse Palestina* (2013), donde la autora emprende un viaje de retorno a sus ancestros, confrontado la nostalgia de otras generaciones con una mirada política y actual.

Meruane es una escritora chilena de origen palestino que enseña literatura universal y cultura latinoamericana en la Universidad de Nueva York, y ha escrito varios libros y ha obtenido importantes premios como el Sor Juana Inés de la Cruz, en México, o el Anna Seghers, en Berlín.

En las primeras 100 páginas de *Volverse Palestina* están contenidas las crónicas que van desde el proceso de mirarse y encontrarse con su impronta de ojos oscuros y melena rizada, hasta el aterrizaje en los territorios ocupados. Aquí se concreta este viaje sin retorno a la palestinidad, cuando la autora confronta su imaginario al ejercicio desgarrado y sin censuras de vivir la ocupación. De mirarla a la cara y de desafiarla. De desnudarse en cuerpo y alma, y desnudarla, como diría Hanna Arendt, en su dimensión atterradoramente normal.

Desde *Volverse Palestina* a las siguientes 100 páginas de *Volvernó otros*, la segunda parte del libro, hay un giro. El viaje narrado en claves de crónica que la lleva a Palestina y a la palestinidad, ese género que, como dice Jean Franco, es capaz de capturar el aire de su tiempo para luego subvertirlo, deviene en otro tan híbrido como el primero. El ensayo.

Meruane, alejada de la nostalgia de sus ancestros y atrapada en el escenario brutal, trágico de las callejuelas de piedras que le rompen los pies; de los alambres de púas que le punzan la paciencia; de las armas apuntándola al corazón de sus orígenes, emprende un nuevo gesto político: interpelar al habla de los intelectuales.

“Regreso a los territorios ocupados un año más tarde, escribe Lina Meruane, esta vez acompañada de la escritura de otros”... “hacía falta regresar a los planteamientos del pasado y a las vicisitudes del lenguaje que sirvió para armar esta historia”, concluye.

4. “LA INVÁLIDA DESDICHA DEL EXTRAÑAMIENTO”

La ignorancia alimenta el estereotipo, y el estereotipo a la intolerancia.

Con esta ecuación, occidente ha enfrentado por siglos su relación con el otro distinto, lejano, desconocido, acudiendo tanto al exotismo como al cliché que descomplejiza otras culturas y religiones que escapan a su universo para así reducirlo o, simplemente, domesticarlo.

Desde Benedicto Chuaqui, en 1942, a Lina Meruane, hoy, la literatura y la reflexión intelectual han sido algunas de las vías a través de las cuales se ha dialogado e interpelado a los propios orígenes, buceando en las memorias y en los desarraigos.

Memorias personales y colectivas que hablan de persecuciones, huidas, desplazamientos masivos, diásporas y exilios. Lo que Edward Said describía en su ensayo *Recuerdo del invierno* como “la grieta insalvable producida por la fuerza entre un ser humano y su lugar de nacimiento, entre el yo y su verdadero hogar”. Para el autor de *Orientalismo*, fallecido en Nueva York en 2003, “la desdicha esencial de esta ruptura no puede superarse”. “Ciertamente, agrega Said, existen historias que presentan al exilio como una condición que abre la vida a episodios heroicos, románticos, gloriosos y hasta triunfales. Pero son sólo historias, esfuerzos para vencer la inválida desdicha del extrañamiento. Los logros de cualquier exilado están permanentemente carcomidos por su sentido de pérdida”.

Evoco estas citas porque bajo el título de emigrantes árabes instalados en cada pueblo de este país y que marcó este continente a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, existe otra cara que se devela tal cual es: la del exilio, comprendido mejor a la luz de los distintos acontecimientos políticos de las últimas décadas. Es como si aquella experiencia desgarradora del ser humano enfrentado a su orfandad total correspondiera a la implacable lógica del péndulo de una historia que todos, en algún momento, estamos condenados a repetir.

Mi abuela materna, siria, de ojos grandes y nariz afilada, bella aún en la aridez de su rostro de surcos, me contaba de su pueblo, de sus hermanas, de su madre.

Mi abuelo paterno, palestino, pequeño y de ojos claros, lloraba frente a mi infancia recordando su aldea drusa.

No sé si en esos momentos los entendí en sus nostalgias. Sin embargo, hace algunas décadas, viviendo yo mi propio exilio, los comprendí en toda la dimensión de sus penas.

Ellos murieron lejos de sus tierras. Y yo volví, quizás para no repetir sus historias.